SANTO VIACRUCIS

Andrés Codesal Martín

De lo mucho que gana el alma con la meditación de la Pasión del Señor, y particularmente con el ejercicio del Santo Viacrucis

Dicen los santos que la meditación de a Pasión de Cristo es el ejercicio que más enciende los corazones en el amor de Dios, que más santifica a las almas y que más rápidamente las hace subir a las altas cumbres de la perfección. ¿Y por qué? Porque ellos son la gran prueba inequívoca de su amor.

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Por la creación conocemos la omnipotencia de Dios; pero sólo por la Pasión conocemos la grandeza de su amor. *«En esto hemos conocido el amor que Dios nos tiene, en que el Señor dio su vida por nosotros»* (1 Jn.3,16).

El amor no se manifiesta con palabras, sino con obras, y ¿qué otra cosa puede probar más un amor que el padecer trabajos por el amado?

Por eso decía Santa Teresa que la única prueba cierta de un amor es aceptar sufrimientos por el amado.

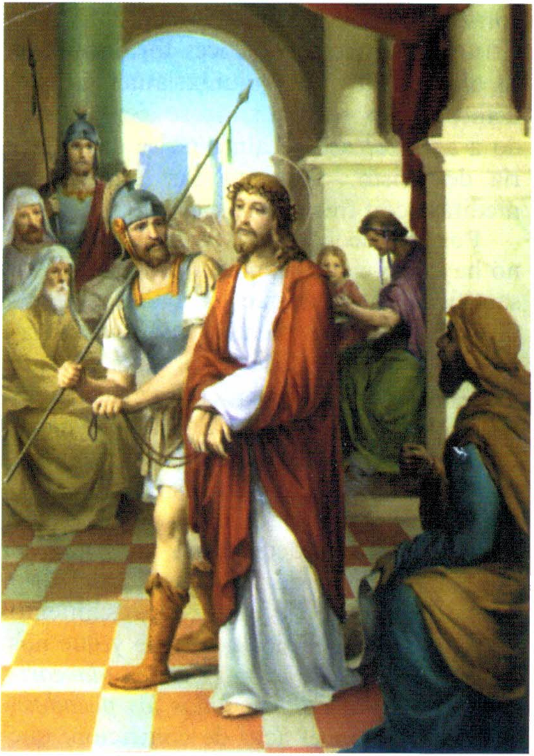
Por eso dijo el mismo Cristo: *«Nadie tiene amor más grande que quien da su vida por el amigo»* (Jn.15,13).

El amor lleva al amor. Por eso también dijo nuestro amado Jesucristo: *«Cuando yo sea levantado en alto, todo lo atraeré hacia mí»* (Jn.12,32). Como si dijera: Cuando me veáis colgado de tres clavos en lo alto de la cruz, comprenderéis el grande amor que os tengo, y aunque tengáis un corazón más duro que el acero, seré como un potentísimo imán que a todos los corazones atraeré hacia mí.

¿Quién habrá en la tierra de tan duro corazón que si se para a contemplar a Cristo sufriendo tan atroces tormentos en lo alto de la cruz voluntariamente para demostrarnos su amor, no se sienta atraído a amarle? «¿Qué alma no se enamoraría de Cristo –pregunta San Ligorio– si meditase con frecuencia su Pasión?».

Por eso decía San Buenaventura «que no hay otro ejercicio más a propósito para santificar un alma que la meditación asidua de los padecimientos de Cristo». Razón por la que escribía San Agustín «que vale más una lágrima derramada en memoria de la Pasión de Cristo que hacer una peregrinación a Jerusalén y ayunar a pan y agua durante todo un año».

Al amor solamente se va por el camino del amor; es decir: para conseguir el verdadero amor de Dios será necesario que no se borre de nuestro pensamiento el gran amor que Dios nos tiene y que nos manifestó en su Pasión. Esta es *«la caridad que cubre y borra todos los pecados»* (1 Ped.4,8) con el acto de contrición, que es fácil hacerlo meditando en la Pasión.



PRIMERA ESTACION
Jesús condenado a muerte

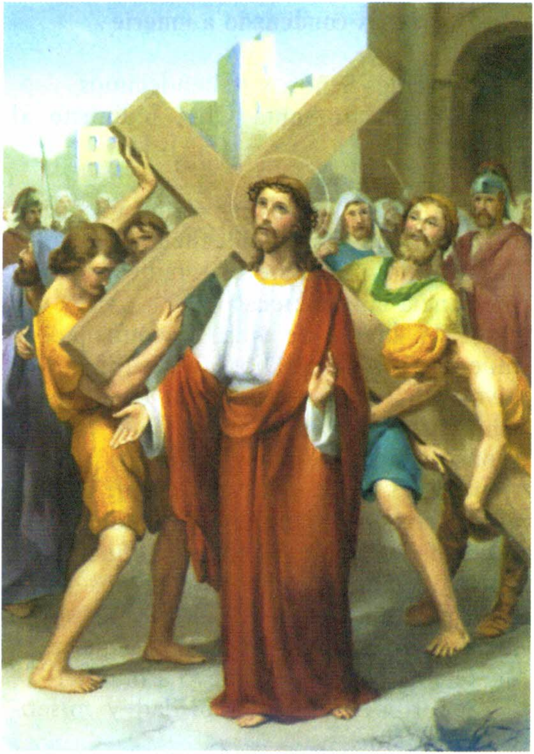
Te adoramos Señor, y te bendecimos. Porque con tu Santa Cruz redimiste al mundo.

Con las manos atadas, como un criminal, Jesús que es la inocencia y la santidad misma, está ante el infame juez que pronuncia la sentencia.

Jesús, fuente de vida, es condenado a muerte. El Hijo de Dios, Juez supremo de vivos y muertos, escucha su condena de labios del hombre pecador. Ante tamaña monstruosidad tiemblan los cielos y se estremece la tierra... Y ¿es posible que el alma cristiana permanezca indiferente? ¿Qué hacer por un Dios que muere por nuestro amor? ¿Cómo le podemos pagar un amor tan grande y excesivo? ¡Nuestra ingratitud es la sentencia con la que cada día le condenamos de nuevo a muerte!

Señor, pequé, tened piedad y misericordia de mí.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.



SEGUNDA ESTACION
Jesús sale con la cruz a cuestas

Te adoramos...

Sobre las espaldas llagadas, sobre aquellos hombros doloridos y rasgados, colocan sin compasión el pesado madero de la Cruz.

Imagínate, alma mía, que ves a Jesucristo andar por la Vía Dolorosa, *como va la oveja al matadero;* así es conducido a la muerte nuestro adorable Redentor. Ha perdido tanta sangre en los anteriores tormentos, y está tan acabado, que la natural flaqueza apenas le permite tenerse en pie.

Mírale cubierto de heridas, con el haz de espinas sobre la cabeza, con el pesado madero sobre los hombros llagados, y con un verdugo que le tira de una cuerda atada al cuello.

¡Oh Jesús mío! En esa cruz están todos mis pecados, y ellos son los que os lastiman y hieren.

Señor, pequé... Padrenuestro...

TERCERA ESTACION
Jesús cae por primera vez

Te adoramos Señor...

Jesús, rendido por el cansancio y los terribles dolores que el peso de la cruz le causa en las heridas del hombro y espaldas, apenas puede andar. El verdugo le tira de la soga que lleva al cuello, tropieza, pierde el equilibrio, y el Salvador del mundo cae al suelo.

¡Oh alma mía! Contempla sobre el polvo a tu Redentor y reconoce que son tus pecados los únicos culpables de haberlo reducido a ese estado. Aquel que sostiene con un solo dedo toda la máquina del mundo, míralo arrastrándose por el suelo como si fuera un inmundo gusano... *«Gusano soy, y no hombre* –nos dice por el Profeta– *el oprobio de los hombres y el deshecho de la plebe»* (Sal.21,7).

Señor, pequé... Padrenuestro...

CUARTA ESTACION
Jesús se encuentra con su Stma. Madre

Te adoramos Señor...

La Virgen Santísima sabía por las Escrituras la clase de muerte que había de sufrir su amantísimo Hijo, y ese conocimiento fue la espada de dolor que le predijo Simeón atravesaría su santísima alma (Lc.2,35), espada que llevó clavada en el corazón durante toda su vida. Pero en aquel momento en que oyó que los inicuos jueces lo habían condenado y que lo llevaban a crucificar al Calvario, ¡quién podrá expresar lo que sintió en su corazón! ¿Y quién será capaz de comprender lo que sintió en lo más profundo del alma cuando instantes después lo encuentra bajo la cruz en el camino del Calvario?

¡Oh Virgen dulcísima! ¡Oh Madre amantísima! Mis pecados son los culpables de vuestro dolor. Me pesa de haberos causado tanto sufrimiento.

Señor, pequé... Padrenuestro, etc.

QUINTA ESTACION
Simón Cirineo le ayuda a llevar la cruz

Te adoramos Señor...

A Jesús le habían condenado a que llevase Él mismo la cruz, pero en mitad del camino le ven tan exhausto, que los esbirros creen que si no le ayudan a llevarla, se les morirá por el camino. Entre los espectadores ven a Simón el Cirineo que venía de los trabajos del campo, y le obligan a cargar con la cruz. No le ayudan por compasión, sino por el ansia que tenían de verle crucificado.

¡Oh Simón Cirineo, qué envidia me das! ¡Cómo quisiera haberme hallado en tu lugar!

¡Oh Jesús mío! Ponme sobre los hombros la cruz que tú quieras, y fuérzame como al Cirineo, con tal que al fin me consigas que llegue a abrazarla voluntariamente y a llevarla con gusto por tu amor.

Señor, pequé... Padrenuestro, etc.

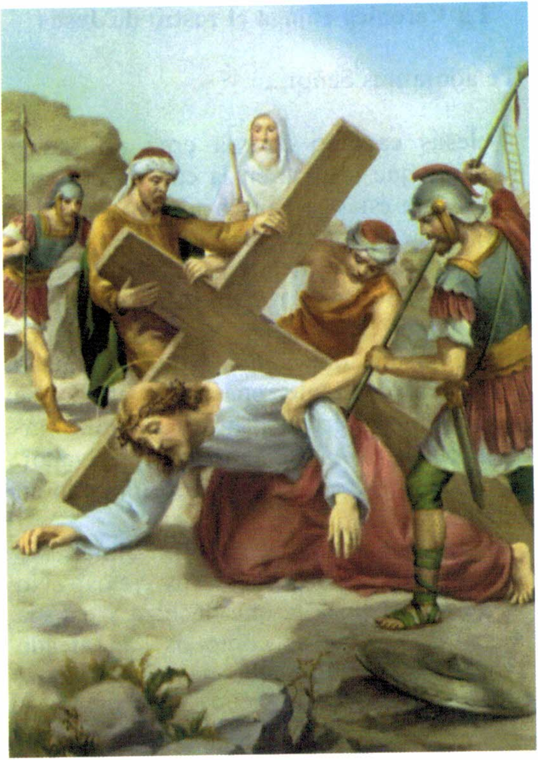
SEXTA ESTACION
La Verónica enjuga el rostro de Jesús

Te adoramos Señor...

Jesús cargado con la cruz no puede impedir que le roce en la corona de espinas y que éstas le causen terribles dolores en la cabeza. La sangre le corre por el rostro y hasta se le mete en los ojos. Al mismo tiempo el sudor y el polvo del camino, le han puesto que da compasión. Es tradición que una valiente mujer llamada Verónica, viéndole en aquel estado se conmovió y acercándose con valentía limpió con su pañuelo el rostro del Salvador. Jesús le devolvió el favor imprimiendo en él su imagen.

¡Oh Jesús mío, amor de mi alma! ¿No sois Vos la hermosura de los cielos? ¿No es vuestra belleza la que hechiza y extasía a los santos? ¿Pues cómo os han afeado tanto mis pecados que se estremece el alma al contemplaros?

Señor, pequé... Padrenuestro, etc.

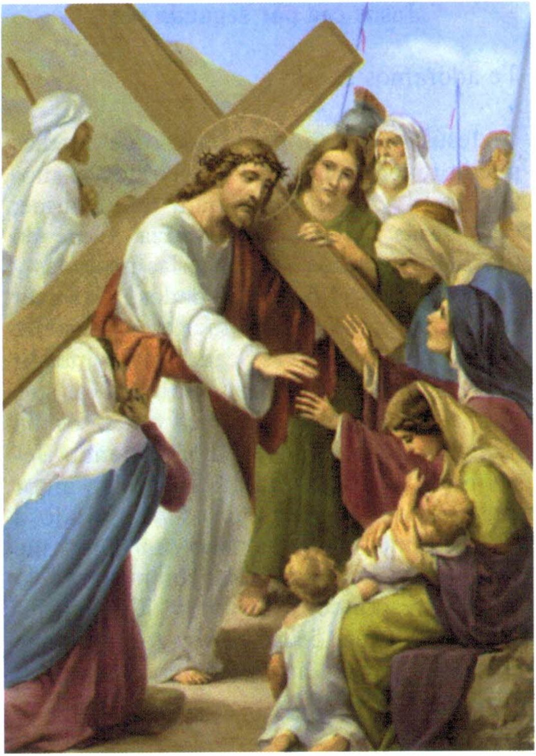


SEPTIMA ESTACION
Jesús cae por segunda vez

Te adoramos Señor...

Jesús está tan debilitado que apenas puede tenerse en pie. Los sayones se mofan de Él y le insultan para que camine; pero Jesús extenuado, tropieza y cae en tierra por segunda vez entre las risotadas y burlas de los judíos y soldados... Al caer en tierra, la cruz roza fuertemente sobre la corona de espinas, causándole indecibles dolores... ¡Oh Jesús mío! ¿No sois Vos el Omnipotente? ¿Pues quién os ha reducido a ese estado? Ya lo entiendo ¡Jesús mío! ya lo entiendo. El excesivo amor que me tenéis es el que os ha llevado a ese extremo. Pues si todo un Dios me ama de esa manera ¿qué debiera hacer yo para corresponder a su amor? ¡Oh ángeles del cielo! ¿qué decís al ver todo lo que Dios sufre por mí y lo poco que yo aguanto por Él?

Señor, pequé... Padrenuestro, etc.



OCTAVA ESTACION
Jesús consuela a unas mujeres

Te adoramos Señor...

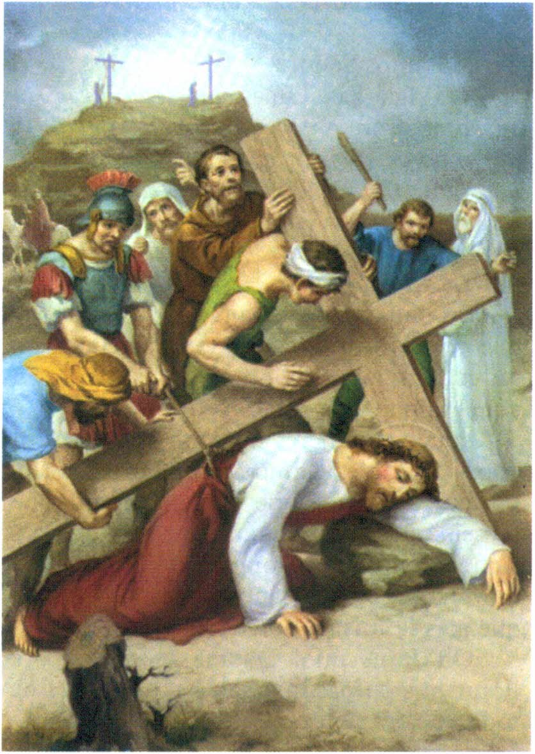
Nos dice San Lucas que *seguían a Jesús una gran muchedumbre de pueblo y de mujeres que se golpeaban el pecho y lloraban. Volviéndose hacia ellas, Jesús les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí. Llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos...»*

Las mujeres lloraban... ¡Oh, Jesús! ¿Y qué corazón más duro que las piedras, no se conmoviera y llorara si os viera en aquel lamentable estado?

Aquellas mujeres lloraban, aun creyéndoos culpable, como dice San Ligorio; porque vuestro estado era tal que aunque fueseis un criminal eráis digno de compasión. Pues si ellas lloraban creyéndoos un criminal, ¿cómo es que no lloro yo que sé que sois la misma inocencia y santidad?

¡Oh Jesús mío! Dadme lágrimas para llorar mis culpas que son las causantes de todo vuestro dolor.

Señor, pequé... Padrenuestro, etc.



NOVENA ESTACION
Jesús cae en tierra por tercera vez

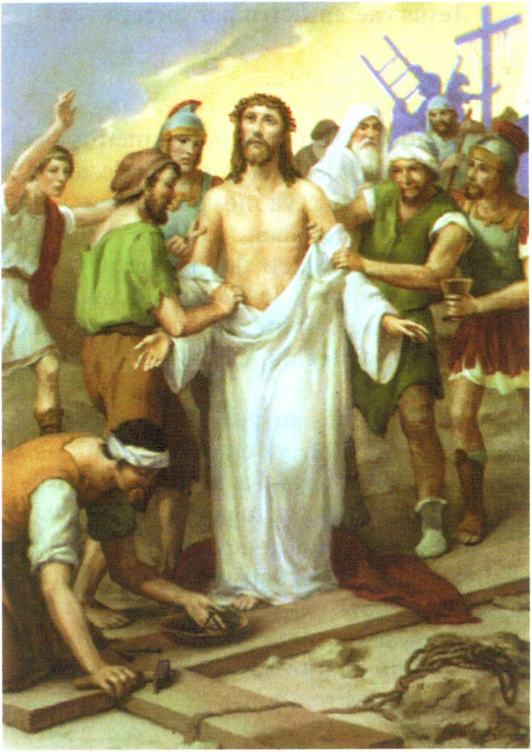
Te adoramos Señor...

Cuando ya faltaban pocos metros para llegar al lùgar de la crucifixión, Jesús está tan fatigado que ya no puede más. Los verdugos que estaban ansiosos de verlo cuanto antes colgado de la cruz, le insultan, le empujan y le llenan de improperios para que camine, pero el Señor, exhausto y desfallecido, cae al suelo por tercera vez.

Los malvados en vez de compadecerse de Él, le insultan y, entre risas, burlas y blasfemias le obligan a levantarse y a caminar hasta llegar al lugar de la muerte.

¡Oh, Jesús, amor de mi alma, cuánto habéis sufrido por mi amor! ¿Qué haré, Dios mío, para corresponder con mi amor a tan excesivo amor? Os ofrezco Señor mi vida, y todo cuanto soy y tengo, me entrego todo a vuestro amor.

Señor, pequé... Padrenuestro, etc.



DECIMA ESTACION
Jesús es despojado de sus vestiduras

Te adoramos, Señor...

Habiendo llegado al lugar de la crucifixión, el jefe de los esbirros ordena que le desnuden. Pero para desnudarlo, antes tienen que quitarle la corona de espinas, que le arrancaron sin compasión. Luego tratan de quitarle las vestiduras, pero éstas estaban pegadas a las heridas que le cubrían casi todo el cuerpo. Los verdugos se las arrancan sin la menor piedad y sin la más mínima delicadeza.

¿Quién podrá calcular el dolor que sentiría el Señor al arrancarle la ropa pegada a las heridas? Jesús envuelto en un mar de sufrimientos, manando sangre por todo el cuerpo, desnudo a la vergüenza del populacho, no puede tenerse en pie.

¡Oh Virgen Santísima! ¿Qué sentisteis vos en el alma al ver a vuestro amantísimo Hijo sufriendo de aquella manera?

Señor, pequé... Padrenuestro, etc.

UNDECIMA ESTACION
Jesús es clavado en la cruz

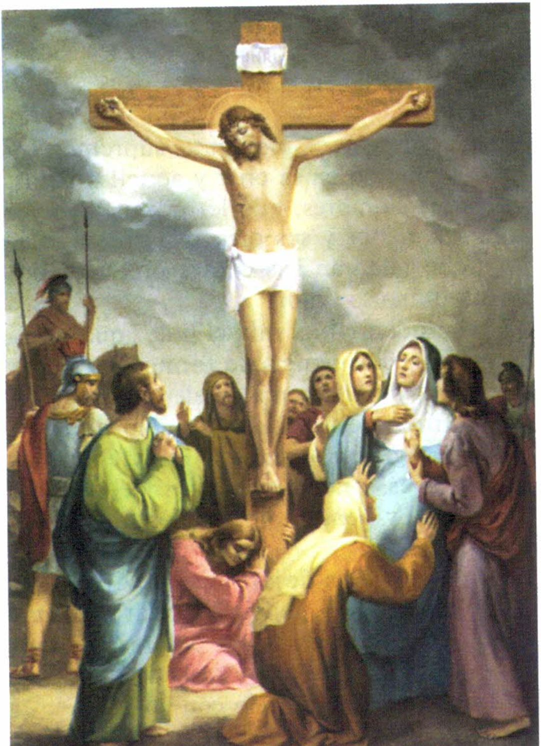
Te adoramos Señor...

Ha llegado el momento supremo. Jesús es tendido en la cruz y aquellas fieras, más que hombres, que le rodean, atraviesan sus manos y sus pies, con gruesos clavos que taladran sus carnes produciéndole un inmenso dolor.

Considera alma mía el dolor que sufriría Jesús con semejante tormento. Si una picadura de alfiler nos duele tanto, ¡cuánto sufriría Jesús, que no con alfileres, sino con gruesos clavos le atraviesan manos y pies, miembros llenos de nervios, músculos y venas, que son los más sensibles al dolor!

¡Oh mi buen Jesús! ¿Estais vivo todavía? Pues ¿cómo podéis soportar voluntariamente tan acerbísimos dolores? ¿Cómo es posible que me hayais amado tanto habiendo sido yo tan malo con vos?

Señor, pequé... Padrenuestro, etc.



DUODECIMA ESTACION
Jesús muere en la cruz

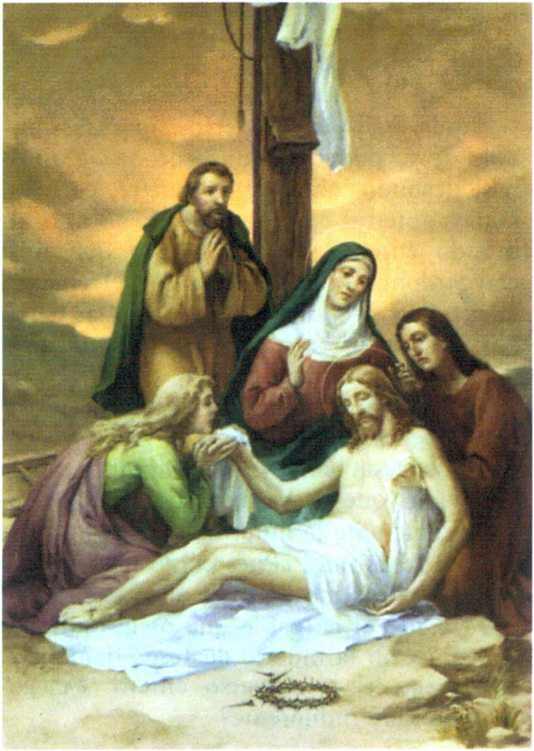
Te adoramos Señor...

Jesús, Rey del universo, sin más símbolo de su poder que una corona de espinas, desnudo, chorreando sangre, con las manos abiertas como queriendo abrazar al mundo entero, sin más apoyo que tres clavos donde descansa el peso del cuerpo haciendo insoportable el dolor de las heridas, pasa tres horas interminables sufriendo indecibles tormentos.

Jesús expira... tiembla la tierra, se oscurece el sol, pártense las piedras, los muertos resucitan; sólo el hombre, más insensible que la naturaleza, permanece indiferente ante la muerte del Creador.

¡Oh Jesús mío! ¿Pues cómo no tiemblo y cómo no se me parte el alma, sabiendo que yo soy el culpable que os he quitado la vida? Con la muerte de Jesús tiembla y se estremece el universo entero; ¿Y yo permaneceré indiferente?

Señor, pequé... Padrenuestro,e tc.



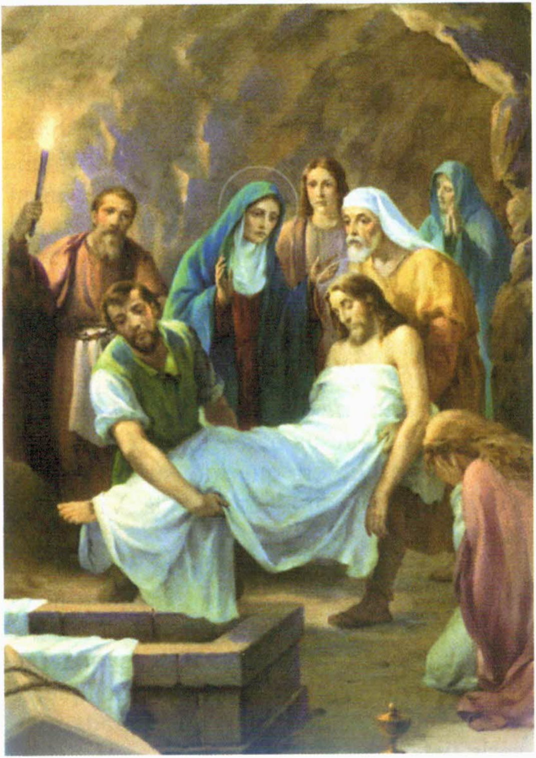
DECIMA TERCERA ESTACION
Jesús muerto en los brazos de su Madre

Te adoramos Señor...

José de Arimatea y Nicodemo le bajaron de la cruz y le pusieron delicadamente en los brazos de su Madre... La Virgen lo abraza y lo besa con indecible ternura y amor. No odia a los judíos que lo mataron. Ella sabe muy bien que no fueron ellos los que le quitaron la vida, pues recordaba las palabras de Jesús: *«Yo doy mi vida; nadie me la quita sino que Yo mismo la doy de mi propia voluntad...»* (Jn.10,18). A Jesús nadie lo hubiera matado si Él no hubiera querido; su muerte fue voluntaria, por mi amor, y la Virgen lo sabía.

¡Oh Señora mía, oh Madre mía! Si Jesús ha dado su vida por mí, ¿no será justo que yo le entregue toda mi vida a Él? Ayudadme, Virgen Santísima; ayudadme a corresponder a su amor y a no querer nada en el mundo más que agradarle y serle fiel.

Señor, peque... Padrenuestro, etc.



DECIMA CUARTA ESTACION
Jesús es sepultado

Te adoramos, Señor...

José de Arimatea regala a Jesús su sepultura. La Virgen le da el último adiós y deja que lo sepulten. Las mujeres corren a comprar aromas. Y Juan, obediente a Jesús lleva la Virgen a su casa. Pero María aquella noche no duerme...

La Santísima Virgen es nuestra Corredentora, porque sabiendo que su Hijo entregaba voluntariamente la vida, Ella acepta que la entregue, y aunque eso le causa un inmenso sufrimiento, también lo acepta y, uniendo sus sufrimientos a los de su Hijo, todo lo ofrece al Padre, para la gloria de Dios y por nuestro bien.

¡Oh Virgen Santísima, Corredentora nuestra! ¿Cómo podré agradeceros lo mucho que os debo por haber aceptado que vuestro amantísimo Hijo ofreciera su vida por mí? ¿Cómo os lo pagaré?

Señor, pequé... Padrenuestro, etc.

Indulgencias. – Se gana una indulgencia plenaria cada vez que se practique el Santo Viacrucis, recorriendo las 14 estaciones y parándose a meditar algo de la Pasión en cada una de ellas. Si el mismo día se comulga, se gana otra indulgencia plenaria más. Si por causa justa no se completa el recorrido, se ganan diez años de indulgencia por cada una de las estaciones recorridas.

Cuando por viaje, por enfermedad o por cualquier impedimento que haga moralmente impraticable recorrer las estaciones, se ganan las indulgencias rezando devotamente catorce padrenuestros, avemarías y glorias, correspondientes a las catorce estaciones, más otros cinco a las cinco llagas, y uno por las intenciones del Sumo Pontífice, teniendo en la mano un crucifijo especialmente bendecido para esos casos. Cuando este Viacrucis se hace entre varios, basta con que uno de ellos tenga el crucifijo.

Depósito legal: M. 11.744-2009
Imprime: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)